

ciendo del hombre explotado un dios y de la revolución una 'insurgencia divina'. Y más adelante agrega que lo tendencioso, no es la implacable transcripción de la vida, sino las explicaciones literarias a los hechos descritos. Pero hábil dialéctico como es explica en seguida esto, diciendo «que ni el peón ni el siervo de América pueden llegar a esta lucha, sin recurrir a estos cauces épicos, falseadores pero simples, mistificadores, pero adheridos tradicionalmente a su sensibilidad. Nadie ha dicho que ese terreno falso, no es un hecho social, una verdad incontrovertible, una reacción miope pero efectiva. De allí que en todo mito haya una doble cara, según la realidad constructiva o disolvente, y que todo mito sea una mentira que vale tanto como la verdad, en su categoría de verdad sublimada».

«Pasado y presente del indio» es un libro del más alto interés, escrito por un hombre indiscutible en talento y prodigiosa penetración para ahondar en los aspectos más intrincados de este problema que tiene caracteres álgidos en países donde el indio representa la mayoría de la población. En una prosa suelta, ágil, fluyente y amena, el autor, expone esta realidad con un espíritu amplio, y con una claridad que sorprende, cuando desea aclarar todos esos mitos a que se refiere, para situarlos en el plano de la verdad concreta, que es la que se necesita para redimir al indio, si es que ello es posible, o por lo menos para crear a su alrededor un clima más benigno y humano.—LUIS DURAND.

<https://doi.org/10.29393/At170-175GKHO10175>

LOS HOMBRES OBSCUROS, novela por *Nicomedes Guzmán*; Ediciones Yunque, Santiago

Aunque el joven autor de esta novela ha querido a todas luces hacer en ella una novela tendenciosa, no lo es; tal vez por eso mismo, porque es joven, muy joven. Y porque tiene alma y talento.

Bien. Nosotros, desde luego, no concebimos que haya una novela proletaria, como no concebimos que la haya burguesa. La novela es un arte (si es novela); y sea quienquiera el que la cultive, el hecho de escribir sobre el pueblo no significa que se escriba sólo para el pueblo. Y ¿quién es el pueblo, o «proletariado», como impropriamente se ha dado en llamarle? ¿Cuáles son los límites precisos de esta palabra «proletariado», a la que se le quiere dar ahora un privilegio tan impopular como meramente formal?

Más asequible nos es ya el concepto de una novela popular. Pero, para que una novela sea popular, tiene ante todo que buscar arraigo en los sentimientos populares, no tanto como en los resentimientos. Aquí, en *Los hombres oscuros*, el autor, dejándose llevar de un sentido estético instintivo, eludió en gran parte la mera especulación proselitista; y ha escrito una novela propiamente tal, en la que coge la realidad de las clases obreras y desposeídas, en vez de pretender darles normas, que, por otra parte, no le incumben al género y andan por ahí vanamente en conocimiento y desconocimiento de todos. Mientras más arte y sinceridad (o sea, más ausencia de fines premeditados) haya en una obra de arte, habrá más realidad; y mientras más realidad, más consecuencia y conocimiento espontáneos. Pero esto viene por añadidura.

Decimos que Nicomedes Guzmán ha cogido en *Los hombres oscuros* la realidad de las clases miserables; pero en realidad ha cogido una sola «realidad», la mala, la triste realidad, que es, desgraciadamente, la que impera en el medio observado. Mas, siempre hay un reverso en toda cosa, que conviene mostrarlo siquiera de cuando en cuando, como complemento de la verdad. En este estudio de la vida en un conventillo, el autor, sin llegar a la truculencia rebuscada e interesada, nos va mostrando una serie de aspectos que, serían horriblos e inverosímiles si no fueran sencillamente humanos. Pero tan inhumanamente humana es esa miseria negra del arrabal y del conven-

tillo, en donde reinan el harapo ostentoso, y el hambre, y la puñalada, y el vicio brutal, como esa miseria blanca que se esconde tras las puertas olvidadas del hombre de la clase media.

Ahora, bajo la trama de predisuelta e indecisa sociología de esta novela, tenemos el fondo, de neto y sencillo relieve, que le da fuerza cien veces más que toda aquella armazón proselitista. Ahí está el drama, en esas dos figuras centrales de la obra, que mueven por sí solas la acción y remueven nuestro interés. En el amor fatal de esa pequeña obrera tísica y virgen, y de Pablo, el héroe lustrabotas. Hay bastante observación—quizá demasiada observación para un escritor tan joven como Nicomedes Guzmán—en esta parte de la novela; especialmente en ese pasaje de la entrega de la niña. Quizá sea adivinación, cualidad innata en el escritor de alta clase.

Fuera de algunos pequeños detalles, como el que el héroe sea irremediablemente lustrabotas, y el que no ayude materialmente y de cualquier manera la salud de la amiga enferma, nada de mayor importancia podríamos objetarle a esta obra. Asimismo, hay tino y mesura en casi todos los demás cuadros y capítulos de la novela, los que se suceden vívidos y naturales.

Cuanto a la forma misma de la novela, nos parece bien comenzada y bien terminada; pero los capítulos adolecen de cierta falta de trabazón y ordenación. Y el lenguaje, aunque algo grosero y recargado de feas expresiones populares, por ser éstas populares, no ofende ni es procaz.

■

SALOMÓN: EL CANTAR DE LOS CANTARES, interpretación poemática, de *Gonzalo Mera*. Editorial Cultura; Santiago

Fuente inagotable de inspiración ha sido y sigue siendo el Cantar de los Cantares. Al margen de la fría o dogmática exé-